

## Fin del caudillismo y fortalecimiento de las instituciones políticas

RAFAEL LOYOLA DÍAZ

El presente ensayo tiene la finalidad de resaltar la importancia política de los años 1928-1929 en México y tratar de dar una explicación a los diversos conflictos políticos que se suscitaron en esos años. Considero coyuntural dicho período en tanto marcó un giro significativo en la política del joven régimen revolucionario, se replanteó la forma de dominación del grupo gobernante y se dio un avance significativo en la construcción del novedoso Estado que se proyectó a raíz de la reciente revolución.

Por nuevo Estado entiendo las estructuras de poder que se originaron con la revolución de 1910, en donde la dominación burguesa se modernizó en términos de las relaciones de producción y en los procedimientos y las estructuras de la dominación política. El porfiriato, a pesar de contar con un poderoso mercado capitalista y de estar inscrito en las relaciones económicas internacionales dominadas por tal forma de producción, contemplaba extendidas relaciones precapitalistas de explotación (por ej. el peón acasillado, relaciones de dominio similares a la esclavitud en algunas haciendas, jornadas agotadoras de 15 horas de trabajo industrial, etc.); asimismo, había impulsado la acumulación de capital con una considerable ayuda de los inversionistas extranjeros. Por el contrario, en la etapa que se inició en 1910 se tendió hacia la modernización de las formas burguesas de explotación y de dominación política.

El Estado de nuevo tipo que se proyectó impulsaría la economía tratando de ampliar, profundizar y modernizar las relaciones capitalistas, de modo que el trabajador pudiera libremente vender su fuerza de trabajo sin exponerse a ningún tipo de traba que pretendiera esclavizarlo; también se le protegería mediante la prohibición de las prolongadas jornadas de labor y otorgando un mínimo de "seguridad social" que garantizara un mayor rendimiento de la mano de obra. El impulso a la economía no se buscaría ya tanto en el inversor extranjero sino que se trataría de expandir a la burguesía nativa para que llegara a ser capaz de fomentar y dirigir la expansión del capital.

Con la derrota de los ejércitos populares, villistas y zapatistas —a principios de 1915— y con el control político del país por parte del ejército constitucionalista, se abrió una fase diferente en el proceso iniciado en 1910.<sup>1</sup> A partir de ese momento el imperativo fue consolidar la nueva estructura social que formalmente se plasmó en la constitución de 1917 y cimentar los pilares del nuevo aparato de dominación que sustentaría el nuevo plan de desarrollo económico. Es en este renglón en donde radica la importancia de los años en cuestión, puesto que marcan *la frontera* entre un proyecto estatal y su realidad histórica; entre una política permeada por los intereses y proyectos inmediatistas de los caudillos, caciques o camarillas políticas a una realidad que exigió la organización de la política; de una dominación que se había centrado en las promesas del gobierno por hacer efectivos los postulados de la revolución y en el manejo que de ellos hacían los caudillos, se pasó a la necesidad de organizar dichas expectativas para instrumentar una política que permitiera al Estado buscar y formar el consenso de las clases sociales, organizándolo. Otro elemento que hizo crisis en las postrimerías de los años veinte fue la relación del gobierno con la clase obrera, en la medida que se evidenció el desgaste de una forma de dominación hacia los trabajadores, basada ésta en proyectos inmediatistas y en organizaciones sostenidas por líderes caudillescos. En fin, es un período histórico en el que se entró de lleno a la organización de la política a través de su canalización en instituciones.

Algunos elementos históricos permitirán al lector entender lo anterior. Hacia mediados de 1928, la política se desarrollaba principalmente alrededor de los caudillos y caciques, o bien de partidos políticos que sólo funcionaban en momentos electorales o álgidos de la vida política, al extremo de que el mismo general Obregón lanzó su candidatura reeleccionista de manera personal, sin comprometerse con ningún partido, lo que no excluyó, por supuesto, que recibieran numerosos apoyos. Por el contrario, para mediados de 1929 el conjunto de partidos políticos y el abanico de caciques que habían sobrevivido a la última rebelión, se aglutinaron en una sola organización: el Partido Nacional Revolucionario.

Hasta 1928 el gobierno mantenía relaciones directas con el conjunto de las fuerzas políticas, la Secretaría de Gobernación funcionaba en calidad de aparato de control interno y como el organismo coordinador de

<sup>1</sup> Para el porfiriato se puede consultar: *Historia moderna de México. El porfiriato*, Cosío Villegas, Daniel, edit. Hermes, México, 1955; Molina Henríquez, Miguel, *Los grandes problemas nacionales*, Carranza, A., México, 1909; Leal, Juan Felipe, *La burguesía y el Estado Mexicano*, edit. El Caballito, México, 1975.

Para la fase armada de la revolución mexicana consúltense: Córdova, Arnaldo, *La ideología de la Revolución Mexicana*, edit. ERA, México, 1975; del mismo autor: *La formación del poder político en México*, Col. Serie Popular, ERA, México, 1975; Gilly, Adolfo, *La revolución interrumpida*, El Caballito, México, Womack John, *Zapata y la Revolución Mexicana*, S. XXI, México, 1969.

las fuerzas parlamentarias, lo que originaba su intervención en la mayoría de los conflictos electorales y crisis de las fuerzas políticas municipales, estatales y nacionales. En cambio, para 1929 el Estado contó con un nuevo instrumento que le permitiría dirimir las diferencias entre las fuerzas políticas locales y nacionales, el PNR, que a partir de entonces sería el organismo encargado de buscar y formar el consenso estatal entre las clases populares y de organizarlo; desde luego, esto último no quiere decir que el gobierno se desatendería de tales asuntos, más bien se ve en ello una organización del Estado para el mejor funcionamiento de la dominación.

En 1928 el gobierno todavía estaba obligado a soportar el dominio local de numerosos caciques y un conjunto de caudillos que se consideraban con derechos y destinados a conducir la política nacional, lo que entorpecía la labor de centralización del poder y obstaculizaba la estabilidad política requerida para la modernización del país propuesta desde 1917. Pero para 1929 se puede afirmar que el Estado aceleró su institucionalización y sentó bases firmes para alcanzar la estabilidad política nacional. La nueva perspectiva fue posible con el nuevo golpe que recibieron los caudillos militares al ser derrotada la rebelión escobarista de marzo del mismo año y con la formación del PNR como alternativa política a la crisis generada por la muerte de Obregón. Desde luego, no es que ya no existieran caciques a partir de ese momento; los hubo y con poderosa fuerza regional e incidencia en el Estado, pero ya no resquebrajarían la dominación del grupo en el poder.<sup>2</sup>

Este trabajo pretende ofrecer una tentativa explicación de los acontecimientos sucedidos durante esos años, como medio para empezar a dilucidar el carácter del Estado mexicano de la posrevolución y la forma que asumió el sistema político mexicano. Pongo especial énfasis en el estudio de las discrepancias y diferencias políticas entre el obregonismo y el callismo, por ser el conflicto político que, a mi juicio, estuvo presente en el fondo de los acontecimientos de los años comprendidos. Su enfrentamiento, ocasionado por la muerte de Obregón,<sup>3</sup> moldeó el proceso

<sup>2</sup> Para un mayor conocimiento respecto a los cambios políticos que se efectúan en el decenio de 1920, consúltese el siguiente material: Alamillo Flores, Luis, *Memorias personajes olvidados al lado de los Grandes Hombres de la Revolución*, Extemporáneos, México, 1977.; Goodspeed Spencer Stephen, "El papel del jefe del ejecutivo en México", en *Problemas Agrícolas e Industriales de México*, vol. VII, 1955; Krause Enrique, *La reconstrucción económica*, ed. El Colegio de México, México, 1978; Meyer, Jean, *Historia de la Revolución Mexicana, período 1924-1928, Estado y Sociedad con Calles*, t. II, ed. El Colegio de México, México, 1978; del mismo autor *La Revolución Mexicana*, Edit. DOPE SA, España 1973; Palavicini Félix Fulgencio, *Mi vida revolucionaria*, Edit. Botas; Pani Alberto J., *Apuntes autobiográficos*, Porrúa, México, 1950; Portes Gil, Emilio, *Autobiografía de la Revolución Mexicana*, Instituto Mexicano de Cultura, México, 1964; Taracena, II vols., ed. JUS, México, 1963.

<sup>3</sup> 17 de julio de 1928.

en el cual Calles optaría por el rumbo de la institucionalidad y modernización del Estado en formación. Por tal motivo, trataré de resaltar las diferencias entre el campo obregonista y el callista, las formas y momentos en que se enfrentaron, las bases de poder de cada uno de ellos y las consecuencias de la muerte del caudillo. Es decir, el *contexto* que llevó al presidente Calles a pronunciarse por una alternativa institucional, que él mismo dirigió y moldeó; empresa que lo obligó a destruir los resabios del obregonismo para constituirse en la máxima personalidad política que conciliaría, por varios años, los intereses de la "familia revolucionaria" en los organismos de poder estatal más importantes del período: el partido y el aparato burocrático-administrativo del Estado.

Para precisar los problemas planteados, es necesario exponer las hipótesis que permiten entender los sucesos políticos acaecidos en México en los años 1928-1929. Inicialmente se explicarán las que definen el rumbo de los acontecimientos y que, por lo mismo, permiten comprender un sinnúmero de acontecimientos que se desarrollaron en el período.

En primer término debemos destacar que la crisis política que afloró con la muerte del presidente electo Álvaro Obregón —julio de 1928— tenía como premisa la contradicción entre las fuerzas representadas por el obregonismo y el callismo. Tales divergencias provenían de la lucha sorda entre ambos personajes por conquistar su predominio político en el grupo que se encontraba en el poder, la cual se agudizó en la medida que los distintos sectores que participaban en las diversas instancias del poder (militares, líderes obreros y campesinos y cuadros del aparato burocrático) se alinearon en torno de Obregón o de Calles, buscando el triunfo de su tendencia para asegurarse un lugar en el poder público que los favoreciera con prestigio y privilegios económicos. En esta circunstancia, el panorama de los aguaprietistas que se hallaban en el poder desde 1920 se encontraba dividido entre obregonistas y callistas, con exclusión de aquellos que habían militado en las filas del delahuertismo de fines de 1923 y principios de 1924,<sup>4</sup> así como aquellos que participaron en la oposición electoral contra la reelección de Obregón con los generales Arnulfo Gómez y Francisco Serrano.

El obregonismo tenía la particularidad de encarnar la última alternativa caudillesca del poder y el quehacer político posrevolucionario, tal como lo demostraron la promoción de la reelección de Obregón y las bases sobre las que éste asentó las alianzas para su nueva postulación presidencial. El caudillo se consideró como la única alternativa y la

<sup>4</sup> La rebelión delahuertista se desencadenó a raíz de que el gobierno del general Obregón (1920-1924) otorgó su apoyo al ministro de Gobernación, general Plutarco Elías Calles, para que lo sucedieran en el gobierno. Ante tal situación, se desarrolló un poderoso movimiento político-militar que intentó imponer la candidatura del general Adolfo de la Huerta, quien había sido secretario de Hacienda en el mismo gobierno obregonista. La rebelión alcanzó arrastrar tras de sí a una tercera parte del Ejército Federal, sin embargo fue totalmente destruida a mediados de 1924. Jean Meyer, *La Rev...*, *op. cit.*; Alfonso Taracena, *op. cit.*

sola personalidad capacitada para continuar el programa de la revolución; él mismo buscó y negoció con las fuerzas que lo apoyarían, sin confiar a ninguna organización la promoción de su candidatura y la responsabilidad de la lucha por el retorno al poder. En síntesis, para Obregón el poder lo debería concentrar e instrumentar el hombre particular y no las instituciones, las que, concebía, debían estar al servicio del poder personal, y nunca por encima de él.<sup>5</sup>

El Héroe de Celaya logró aglutinar el poder necesario para imponer su candidatura presidencial; los sectores que integró a su lucha reeleccionista fueron los siguientes: caciques y organizaciones de masas regionales, algunas organizaciones obreras, las principales agrupaciones campesinas, un sector importante de los altos cuadros militares, la mayoría de la burocracia política desarrollada desde las lides parlamentarias de 1917, el apoyo de la amplia mayoría de gobiernos estatales y, finalmente, la aceptación forzada de su candidatura por parte del gobierno callista. En la articulación de su poderío no enarboló ningún programa político extenso por temor a comprometerse y enclaustrar su futura actividad gubernamental; manejó únicamente las expectativas populares más apremiantes que le garantizaran su apoyo: la reforma agraria y el “seguro obrero” que tendía a ganar el apoyo de la clase obrera que le era disputado por los influyentes líderes laboristas.

Durante su gobierno el general Calles desarrolló una política que tendió a beneficiar los intereses de una burguesía moderna y emprendedora; ofreció todo tipo de estímulos para la industrialización del país y efectuó una serie de programas para el desarrollo de la agricultura a través de la tecnificación; para conseguirlo otorgó al Estado el papel que le había señalado la Constitución de 1917: el de agente promotor del desarrollo económico. En lo que respecta a su práctica política, no

<sup>5</sup> Bassols Batalla, Narciso, *El pensamiento político de Alvaro Obregón*, Nuestro Tiempo, México, Manjarrez Froylán, C., *La Jornada, Institucional*, Talleres Gráficos Editorial y Diario Oficial, México, 1930.

<sup>6</sup> Entre las organizaciones regionales que le otorgaron apoyo, destacan el Partido Socialista Fronterizo de Tamaulipas, el Partido Socialista del Sureste y el Partido Radical Tabasqueño, los cuales se consideran como las más poderosas organizaciones regionales de los estados; Portes Gil, *op. cit.*; Martínez Assad, Carlos, *El Laboratorio de la Revolución Mexicana: el Tabasco Garridista*, edit. Siglo XXI. Para mayores detalles consúltese los periódicos *El Universal* y *Excelsior* de 1926 a mediados de 1928; en particular revítese *El Universal* del 26 de junio de 1927, en donde aparece un documento que Obregón entregó a la prensa lanzando su postulación presidencial y en el que presentó su programa de gobierno.

En lo que respecta a los laboristas, cabe destacar que esta organización obrera fue aprovechada por su máximo líder, Luis N. Morones, para tratar de lograr su propia postulación presidencial. Al fracasar en este objetivo, Morones intentó presionar para conseguir una negociación con el caudillo, en tanto probable sucesor de Calles, que le posibilitara continuar gozando de influencia en el poder. Para el caso consúltese: Carr, Barry, *El movimiento obrero y la política en México, 1910-1929*, vol. II, edit. SEP Setentas, México, 1976.

le dio mucha importancia a sus relaciones con los poderes regionales ni a las camarillas político-parlamentarias, lo que no quiere decir que desconociera su importancia en determinados momentos. Desarrolló con firmeza una política de relaciones con las clases capitalistas modernizadoras, intentó organizarlas y mantener contacto con ellas a través de sus organismos representativos. Respecto del problema agrario, sus propósitos fueron claros: tenía proyectado el desarrollo de los pequeños propietarios rurales, con lo que pretendía simplificar la gama tan amplia de clases sociales en el campo, desarrollando un sector importante de pequeños empresarios agrícolas adiestrados en el uso de técnicas modernas para la explotación del campo.<sup>7</sup>

Las diferencias entre ambos personajes se expresaron en la lucha que desarrollaron por alcanzar la hegemonía del grupo gobernante, por lo que presentaron —sutilmente— posiciones diferentes en los diversos problemas que el Estado enfrentó entre 1926 y 1928. De esta manera observamos en estos años un sordo enfrentamiento en el que el obregonismo quería fungir —lográndolo en algunos casos— como la fuerza política que orientara los rumbos de la administración callista, llevándolo a dictaminar la política parlamentaria e intentar la solución del problema de la sucesión presidencial de acuerdo a sus intereses. Por su parte, Calles maniobró para evitar la intromisión política de Obregón en su gobierno, utilizando como arma principal el desarrollo de las instituciones estatales, organizándolas y disciplinándolas al poder central.

En la lucha por la hegemonía política se manifestaron los soportes en que cada uno de ellos fincó su poder. Obregón apoyó su dirigencia y su dominio en los partidos regionales y en las organizaciones de las clases populares que se identificaban con el grupo en el poder y con el programa reivindicativo de la reciente revolución; también contó con el apoyo de un importante sector del aparato burocrático, principalmente en el ejército. Por su parte, Calles concibió a los partidos, a las agrupaciones políticas y a las organizaciones de masas como los soportes del nuevo aparato de dominación y el medio para la consolidación estatal; sin embargo, en la medida en que en esos sectores Obregón encontró su principal apoyo, Calles, por su parte, debió construir su poder con el desarrollo y modernización de las instituciones estatales.

Los obregonistas concebían y participaban en la política en sus relaciones con el caudillo; negociaban sus posiciones regionales o nacionales con el vencedor de Celaya; paralelamente Obregón desplegó su poder en los arreglos particulares con el sinnúmero de fuerzas diseminadas por todo el país, las cuales deberían organizarse, coexistir y participar políticamente por intermedio del caudillo. Respecto de Calles la política era diferente; concibió y elaboró su dominio en el fortalecimiento de las

<sup>7</sup> Córdova, Arnaldo, *op. cit.*; Goodspeed Spencer, Stephen, *op. cit.*; Meyer, Jean, *Historia de la...*, *op. cit.*

instituciones estatales, lo que permitió que su fuerza radicara en su **ascendencia en el Estado y no en sus alianzas personales** con el mosaico de las fuerzas políticas existentes; de ahí que a lo largo de su régimen presidencial se preocupara por fincar las instituciones que organizaran a la sociedad y en las que ésta encontrara su solidificación. El momento coyuntural para que Calles se apoyara en las instituciones y las desarrollara fue el vacío de poder creado por la muerte de Obregón; el PNR sería la pieza política que le faltaba al Estado para organizar y controlar al conjunto de poderes dispersos.

De esta manera, es posible explicar el descontento de los obregonistas hacia Calles a raíz de la muerte del caudillo. La historia muestra que a partir de la ausencia del Manco de Celaya, el presidente Calles se mantuvo como la figura política predominante y debió realizar una política innovadora en materia estatal. Sus logros en este terreno demostraron su valía durante la crisis que afloró en julio de 1928, cuando evitó la ruptura del sistema al lograr solucionar el vacío momentáneo de poder que se creó con la muerte de Obregón.

Varios puntos pueden fundamentar esta hipótesis. Desde que en 1925 Obregón y sus simpatizantes plantearon la posibilidad de la reelección, organizaciones cercanas al general Calles, principalmente el Partido Laborista, adoptaron una actitud de rechazo ante la propuesta. Al mismo tiempo, los recintos parlamentarios empezaron a delinear dos tendencias fundamentales: obregonistas y callistas, encargándose estos últimos de obstaculizar las reformas legales necesarias para permitir el retorno de Obregón a la presidencia.<sup>8</sup> En segundo término, un análisis somero del **obregonismo expresa su particularidad caudillista, en la que ya he insistido**. Cualidad reforzada por el apoyo de la mayoría de los partidos y clubes políticos más diversos, encontrándose entre ellos profesionales, estudiantes, artesanos, obreros, grupos revolucionarios, agraristas y campesinos de todo tipo, latifundistas, pequeños propietarios, etcétera.<sup>9</sup> Por el contrario, durante su mandato Calles combatió la dispersión de las fuerzas sociales, efectuando reuniones organizativas con grupos empresariales, comerciales y financieros y promovió sobre todo la organización de la clase obrera en una sola agrupación: la CROM; en suma, empezó a desplegar toda una política corporativa de coordinación de las clases sociales capitalistas fundamentales. Además, los logros económicos de su gestión (obras hidráulicas, carreteras, reparación de las vías férreas, estabilización de la Hacienda Pública, reanudación del pago de la deuda, etcétera) permiten afirmar que articuló el apoyo de las clases mencionadas, lo cual se manifestaría particularmente, por ejemplo, durante el levantamiento del general Escobar.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> *El Universal*, 1926-1927.

<sup>9</sup> *El Universal*, 26 de junio de 1927, y los periódicos sucesivos hasta julio de 1928.

<sup>10</sup> Córdova, Arnaldo, *La Ideología...*, op. cit.; Meyer, Jean, op. cit.

De lo anterior surge una segunda hipótesis consistente en que a la muerte del general Obregón se abrió un doble proceso: Mientras se sucedían los ataques y las acusaciones a Morones, al Partido Laborista y al propio presidente Calles, y se los señalaba como responsables del atentado, el obregonismo comenzó a desintegrarse. Al mismo tiempo, y no sin vencer serias dificultades, la fuerza política del callismo que resurgía con mayor brillo, logró sortear la crisis sin perder el control político nacional, con lo que se pusieron en evidencia los pasos firmes que se habían dado para estabilizar el nuevo régimen y que permitían pensar en la posibilidad de continuar impulsando la modernización de las estructuras de dominación política.

Los elementos históricos para apuntalar tal supuesto son evidentes. A pesar de haber sido anatematizado el callismo por los deudos del caudillo, para finales de 1929 la fuerza política indiscutible estaba representada por el general Calles. Los obregonistas no tuvieron la fuerza ni la consistencia para darle salida a la crisis, antes bien su poder fue destruido por los callistas; aquellos que intentaron luchar por medios legales, fueron derrotados en la elección de candidato presidencial por el PNR, imponiéndose el candidato callista, Ortiz Rubio, sobre el obregonista Aarón Sáenz. Aquellos que vieron la lucha armada como única posibilidad de contener al callismo, fueron aniquilados en la rebelión escobarista de marzo del mismo año; en ella participaron los obregonistas más firmes, Topete, Manzo, Escobar, etcétera.<sup>11</sup>

Una tercera explicación general sería que el gobierno provisional del licenciado Emilio Portes Gil fue un régimen de transición. En tal período (diciembre de 1928 a febrero de 1930) se escenificó la fase más violenta de la lucha entre callistas y obregonistas. El gobierno de Portes Gil fue la única concesión importante de Calles a los obregonistas; el licenciado Portes Gil estaba situado en la frontera de obregonistas y callistas; era el mejor hombre que podía haber encontrado Calles para paliar el problema. Portes Gil había sido un elemento cercano al general Calles desde hacía tiempo, pero se ubicó al lado de Obregón cuando éste luchó por su reelección. A pesar de sus intentos de darle una salida institucional al problema, en donde la fuerza de los callistas no afectara ni determinara la política estatal, no le quedó otra alternativa que entregarse al callismo, fortalecerlo y participar en la destrucción de las fuerzas obregonistas.

Son varios los factores históricos que permiten sostener tal hipótesis. La candidatura de Portes Gil se gestó entre los obregonistas más conno-

<sup>11</sup> Anaya, Juan Gualberto, *Los gobiernos de Obregón y Calles y regímenes peles derivados del callismo*, México, 1947, S/e; Carr, Barry, *op. cit.*; Díaz Babio, Francisco, *Un drama nacional, La crisis de la Revolución. Declinación y eliminación del general Calles*, Imprenta León Sánchez, México, 1939; Manjarrez Froylán, C., *op. cit.*, 2a. parte; Portes Gil, Emilio, *op. cit.*; Puig Casauranc, J. M., *Galatea rebelde a varios pigmaliones, de Obregón a Cárdenas*, El Fenómeno Mexicano Actual, Impresores Unidos, México, 1938; consúltese también la prensa nacional del mes de julio de 1928 a marzo de 1929.



tados (Aurelio Manrique, Soto y Gama) y fue avalada por el conjunto del obregonismo. Calles aceptó esa postulación y, ante las amenazas de los descontentos, también aceptaría que el general Ríos Zertuche —obregonista renombrado— se hiciera cargo de la jefatura de la policía y dirigiera las investigaciones del asesinato del ex presidente.<sup>12</sup>

Posteriormente, el general Calles estuvo de acuerdo con la idea de formar un partido que al constituirse, más tarde, lo habría de aceptar como dirigente; sin embargo duraría en el cargo sólo unos cuantos días ya que las presiones en su contra todavía eran considerables. Entre los meses de febrero y marzo del 29, la inconsistencia del obregonismo había hecho crisis, sus diferencias internas le imposibilitaron dar una alternativa como grupo; en cambio Calles mantenía su fuerza apenas mermada (solamente había tenido que sacrificar el apoyo de los laboristas, particularmente de los moronistas), de ahí que sus posibilidades para controlar al nuevo partido fueran mayores, lo que se evidenció con la derrota de la candidatura de Aarón Sáenz en la convención de Querétaro.<sup>13</sup>

La rebelión de marzo fue el acontecimiento que inclinó definitivamente a Portes Gil hacia Calles, quien representaba la única fuerza que podía enfrentar con éxito la rebelión puesto que contaba con los apoyos necesarios para tal fin. Con el aniquilamiento de los escobaristas, el obregonismo quedó fatalmente destrozado, al tiempo que el poder de Calles se tornó indiscutible, quedando ante el país como el salvador de las instituciones. Portes Gil no tuvo otra opción que enlistarse en las filas del callismo para que su gobierno llegara a feliz término.<sup>14</sup>

De los planteamientos enunciados se desprenden otras hipótesis que considero secundarias por estar inscritas en las anteriores, pero que indudablemente permiten una mejor comprensión del fenómeno referido.

1] En su lucha reeleccionista, el general Obregón empezó por controlar a los políticos-parlamentarios, con el fin de apoderarse de las entidades políticas que le permitieran efectuar las maniobras legales que posibilitarían su retorno a la presidencia. Desde 1925 las sesiones legislativas presenciaron el inicio de la polarización entre los dos sectores a que nos referimos, ya que para las discusiones de 1926 el obregonismo estaba delineándose como la principal fuerza política. En esta etapa el caudillo aplicó una política de no enfrentamiento directo con el general Calles, buscó en cambio ganar terreno en los organismos políticos de base y también se dedicó a educar a la opinión pública para la aceptación de su reelección.

El general Calles también eludió el enfrenamiento directo, sobre todo al principio cuando estaría en desventaja por no contar aún con la

<sup>12</sup> Portes Gil, *op. cit.*; Puig Casauranc, *op. cit.*; Anaya Juan, Gualberto, *op. cit.*

<sup>13</sup> Lajous, Alejandra, *Orígenes del unipartidismo en México*, Tesis profesional, Facultad de Filosofía y Letras, UNAM, México, 1975, Manjarrez Froylán, *op. cit.*; prensa nacional de noviembre de 1928 a marzo de 1929.

<sup>14</sup> Anaya Juan, Gualberto, *op. cit.*; Froylán C., Manjarrez, *op. cit.*

fuerza suficiente para desplazar a Obregón; optó pues por dedicarse a formar su base de sustentación estatal y social, emprendiendo las tareas de reconstrucción nacional.<sup>15</sup>

2] La candidatura presidencial de los generales Gómez y Serrano se debe explicar dentro del contexto de la sucesión presidencial de 1928. No puede descartarse la hipótesis de que en un momento Calles vio sus candidaturas como una posibilidad de contener la del caudillo reeleccionista, pero dado que no ofrecieron una alternativa viable y segura por no haber congregado la fuerza política suficiente, el presidente Calles debió aceptar su destrucción.<sup>16</sup>

3] La destrucción de la CROM en su carácter de organización obrera más importante del país por su número de afiliados y por contar con la protección oficial, sólo se puede entender bajo el contexto de la sucesión presidencial. Para conservar la dirigencia de la política nacional, Calles debió aceptar que el gobierno de Portes Gil retirara su apoyo a la organización.<sup>17</sup>

En suma, las hipótesis apuntadas tienen como trasfondo al Estado posrevolucionario en plena fase de edificación. Los años de 1928 y 1929 cobran importancia en virtud de que en ese lapso, y como consecuencia de una intensa crisis política, el nuevo Estado burgués salió reforzado y avanzó considerablemente en la cimentación de sus principales elementos de dominación con la derrota política de aquellos sectores que obstaculizaban su desarrollo. En adelante, y no sin serios problemas, el poder político continuaría desplegando sus tentáculos para una dominación más estable y avanzaría notoriamente en la unificación y centralización del poder del Estado.

<sup>15</sup> *El Universal*, 1926 y 1927.

<sup>16</sup> *El Universal*, mayo a octubre de 1927; Taracena, Alfonso, *op. cit.*, Palavicini, Félix Fulgencio, *Mi vida revolucionaria*, edit. Botas, México, 1937; Alessio Robles, Vito, *Desfile sangriento*, edit. A. del Bosque, México, 1936.

<sup>17</sup> Carr, Barry, *op. cit.*